

## art buchwald

### POR UNA ECONOMIA MAS SOLIDA

WASHINGTON.—Una de las frases por la que más aplausos recibía Richard Nixon durante su campaña electoral por todo el país era: «En vez de más gente en las listas de pagos por auxilio social, queremos más gente en nóminas de trabajo». Nadie podía estar en desacuerdo con tal cosa, excepto los consejeros económicos del propio Nixon. Mientras el candidato republicano iba ofreciendo más empleos para la gente, sus consejeros económicos no dejaban de insistir en que iba a haber mucho más desempleo, si es que se quería invocar una inflación y una regresión.

Me puse al habla con un economista independiente, el profesor Ulrich Upgraph, director del Instituto de Economía Sólida sin Utilidades, y le pregunté acerca de esas teorías de Nixon de reducir el número de personas que dependen de auxilio social y darles empleo para conseguir una economía sólida.

—Me parece algo terrible —contestó Upgraph—. Todo el mundo sabe que cuando todos tienen empleo se produce inflación, lo que origina regresión, que, a su vez, causa finalmente desempleo.

—Lo que usted quiere decir, entonces, es que hace falta un promedio sólido de desempleo para tener una economía sólida.

—Justamente. El más tonto lo sabe. Cuando el promedio de desempleo desciende por debajo del cuatro por ciento, el promedio de inflación sube al cinco por ciento. La única manera de evitar que la economía se recaliente es retardarla, y la mejor manera de hacerlo es tener cuatro o cinco millones de personas sin trabajo.

—Eso parece difícil de creer —repliqué.

—Escuche, estúpido: cuando hay empleo total se produce escasez de brazos, y esto quiere decir que los obreros piden aumento de salarios. Esto hace que suban los precios y, naturalmente, causa inflación.

—Yo sé, profesor, que soy torpe en cuestiones de economía, pero lo que no comprendo es cómo es posible sacar a la gente de las listas de auxilio social y situarlas en nóminas de trabajo cuando es necesario aumentar el porcentaje de desempleo.

—Me ha planteado usted una cuestión muy interesante en el momento en que hay mucha gente disgustada con la cantidad de personas que se encuentran en las listas de auxilio social. La respuesta a su pregunta es que se debe, en primer lugar, encontrar trabajo a la gente y, entonces, despedirla, para que la economía en auge no se desorbita. Mi solución estriba en cambiar el nombre de «auxilio social» por otro cualquiera, como, por ejemplo, «Seguro de Economía Sólida». Nadie se puede molestar de que alguien esté cobrando un seguro de economía sólida. Es el término «auxilio social» el que está causando tantos quebraderos de cabeza.

—Pero, en realidad, sería la misma cosa, profesor —repliqué—. El gobierno estará pagando a la gente por no trabajar, lo que disgustaría a la gente que trabaja y paga impuestos.

—Es cierto, pero debe usted pensar en términos agrícolas. Pagamos a los cosecheros por no cosechar para mantener a un bajo nivel los excedentes de producción y nadie se disgusta por esto. Ocurriría lo mismo si pagamos a la gente por no trabajar, para mantener a raya la inflación.

—Eso es verdad —repuse—, pero, ¿qué va a hacer la gente que no trabaja con su tiempo durante el día?

—Eso no es problema de economistas. Tendrán que hacerse cargo de ellos los psicólogos. Nosotros sólo trabajamos en estadísticas.

—Hace usted una defensa intensa del desempleo, profesor, y bien sabe el cielo que algo de eso necesitamos si no queremos tener después mayor desempleo. Pero a mí me parece que mientras mayor sea el desempleo, más dinero tendrá que invertir el gobierno para cuidar de la gente. Y mientras más nos metamos en deudas, menos sólida será nuestra economía.

Y el profesor Upgraph me replicó trácundo:

—Bueno, ¡es que nadie es perfecto!

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

Existen en el mundo 358 ciegos por cada mil habitantes; pero, considerando sólo los países occidentales, el promedio oscila entre el 0,8 y el 2,0 por cada mil. Así pues, al igual que los negros y judíos en Norteamérica, los privados de vista forman una minoría abocada a ser víctima de discriminación. En investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos se ha comprobado que los ciegos coincidían en numerosos rasgos psíquicos con los grupos de segregados raciales: judíos y negros.

En una encuesta realizada, en Francia, por Pierre Henri, sólo el 8 por ciento de los hombres y mujeres declaran tener simpatía hacia los ciegos. Así, no es extraño ver a un universitario invidente sentado en un banco del aula, mientras aparecen libres los asientos contiguos.

Por otra parte, hay en todo el mundo 630.000 niños ciegos en edad escolar y sólo 40.000 de estos pequeños pueden asistir a una escuela. La marginación se hace aún más ostensible en el mundo del trabajo, si bien los motivos difieren con respecto a los grupos de segregados raciales. El porcentaje de ciegos en edad de trabajar es del 40 por ciento, pero la inmensa mayoría permanece en situación de paro o realiza tareas indignas y humillantes. En los países más desarrollados se puede calcular que existe un 15 por ciento de ciegos que desempeñan funciones en armonía con sus capacidades. Y esto se debe a las leyes protectoras dictadas en favor de los trabajadores inválidos de guerra.

Todas las conquistas sociales logradas desde hace algún tiempo han sido fruto de una revolución o de fuertes

presiones. En una actitud defensiva los gobiernos capitalistas se ven forzados a incluir en sus programas algunas reformas sociales por meras razones de supervivencia. Pero estas razones carecían de fuerza coactiva cuando se trataba de reivindicaciones formuladas por súbditos en franca minoría y con deficiencias físicas o intelectuales. La trascendencia de esta situación, en orden a la personalidad del individuo, es incalculable. El trabajo, y máxime en el carente de vista, es una necesidad psicológica del individuo, un elemento de su educación, un medio de autoexpresión y un vínculo con otros hombres.

El prejuicio del grupo minoritario que el ciego sufre, no desemboca, generalmente, en un efecto de ser odiado por la sociedad, que es lo que, a menudo, ocurre con otros grupos. Los ciegos no son odiados; simplemente, son rechazados o compadecidos.

Carrol apunta otra diferencia, a saber: el negro o el judío pueden identificarse con aquellos de la sociedad que quiere más profundamente, como en su propia familia, pero la familia del ciego tiene vista y pertenece a la sociedad que le rechaza. El único grupo con el que puede identificarse es con el que no tiene nada en común excepto su propia ceguera.

La sociedad blanca, occidental, cristiana, está enferma. Son frases que se repitieron hasta la saciedad en la semana siguiente al asesinato de Luther King. Hay un crimen pálido, invisible, sin sangre... Y ante la gravedad del problema, «los religiosos», «los prudentes», «los de sentido común», aconsejan sólo moderación. ■ SABINO VILA LENCE.

## JOHN STEINBECK

### De «Las uvas de la ira» a la guerra de Vietnam



Cuando, en 1939, John Steinbeck publicó «Las uvas de la ira» —y se convirtió automáticamente en un escritor de primera fila mundial—, recibió inmediatamente la acusación de comunista. Muere ahora bajo la de imperialista americano y escritor de extrema derecha. «Las uvas de la ira» ponía el dedo en la llaga oculta de la pobreza, describía con un «realismo americano» —el de Dreiser o Sinclair— la ruina de las pequeñas familias en la crisis económica, su explotación inmediata, la cólera de los explotados, el

hallazgo de la solidaridad en la miseria, la abierta lucha de las huelgas y las revueltas. El libro se hizo clásico. Sólo en Estados Unidos sus ediciones han vendido tres millones de ejemplares. El cine expandió aún más la pólvora de su denuncia. El compromiso de Steinbeck con la lucha social duró apenas lo que ese libro. En los posteriores, el realismo se fue haciendo lirismo, los personajes duros y miserables se fueron convirtiendo en pintorescos y tiernos, tratados no ya por la pluma del testigo, sino por la